

Los movimientos sociales urbanos en los procesos locales de participación

Óscar Rebollo¹¹

En la segunda parte de la década de los noventa empiezan a tomar cuerpo en la arena política local nuevos conceptos que son a la vez preludeo y vestimenta de nuevas prácticas políticas y de gestión pública que se han venido instalando en nuestros gobiernos locales: participación ciudadana, democracia participativa, radicalidad democrática, gobernancia o gobierno relacional son los más usuales. De la mano de algunos políticos locales (alcaldes y regidores, cuadros de partidos, técnicos de la administración local) y en alianza con estructuras profesionales y/o académicas, se empiezan a poner en marcha experiencias de participación ciudadana en ámbitos diversos y con alcance desigual. Hemos conocido experiencias en distintas ciudades españolas de presupuestos participativos, de investigaciones y diagnósticos participativos (IAP), de agendas 21 locales, de planes integrales y comunitarios en barrios, de gestión cívica de equipamientos, de proyectos educativos de barrio o ciudad, de talleres de urbanismo y sobre otros temas, de jurados ciudadanos, núcleos de intervención participativa, consejos consultivos o reglamentos de participación, entre otras.

Insistimos en la idea de que se trata de la experimentación de nuevas formas de gobernar y administrar desde el gobierno local, que es el que toma la iniciativa de llevarlas a cabo, organizarlas y financiarlas. No quiere esto decir que sólo es participativo o participación aquello que impulsa un gobierno, por supuesto que no. Pero al objeto de este análisis nos centraremos sobre todo en ese tipo de experiencias o prácticas: las que, impulsadas por el gobierno o la administración local, solos o en alianza con otros agentes cívicos (entidades, asociaciones, fundaciones, etc), persiguen de forma relativamente novedosa o innovadora la incorporación de ciudadanos a la gestión o el desarrollo de las políticas públicas. Sea en la fase de diagnóstico, propuesta o implementación de dichas políticas.

Centrados en este tipo de prácticas o experiencias, el objetivo de estas páginas es valorar el protagonismo (o no protagonismo) que los movimientos sociales urbanos hayan podido tener en ellas y el alcance de su influencia (o no influencia).

La hipótesis que defiendo es que ese protagonismo es por lo general más bien escaso, salvando algunas excepciones, por tres motivos que se entrecruzan en la explicación. Por un lado son muy escasos los gobiernos que apuestan por estas experiencias de participación política buscando algo más que la mera legitimación de sus políticas y de sus cargos, se acercan sí, pero tímidamente, con bastantes reservas y queriendo correr pocos riesgos. Además, es del todo exagerado hablar de gobiernos, pues lo que acostumbra a ocurrir es que alguien dentro del equipo de gobierno, algún regidor o regidora o incluso el propio alcalde o alcaldesa, se lo creen y apuestan; pero venciendo el descreimiento de la mayoría de sus colegas a veces consiguen avanzar al ritmo que permite cabalgar en solitario. Tampoco ayudan aquí las resistencias que en algunos casos provienen de los cuerpos técnicos y se suman a las políticas. Finalmente, no existen movimientos sociales urbanos suficientemente fuertes y con capacidad movilizadora ante este tipo de procesos y los que potencialmente podrían existir no siempre le siguen el juego a la administración local: unos porque desconfían, o

simplemente no les interesa, y no quieren entrar al trapo de propuestas que no ven claras; pero los más porque tienen ya sus canales de acceso e influencia en el gobierno local y ven en las nuevas experiencias más una amenaza que una oportunidad. Esto acaba provocando en no pocos casos que se acaben estableciendo mecanismos paralelos: por una lado la experiencia innovadora de participación y por otro las tradicionales reuniones y negociaciones con los interlocutores habituales.

Por lo general muchas asociaciones y los ciudadanos más politizados y activos en la arena política local desconfían de las propuestas de innovación democrática que viene desde el gobierno y, en sentido inverso, no conocemos tampoco muchas experiencias de participación ciudadana en las que el gobierno local se implique si no ha sido a iniciativa suya que ha surgido el proceso. Algunas veces hemos visto que el problema no estaba tanto en pactar ciertas reglas de juego que todos puedan respetar como en la predisposición a implicarse en un proceso innovador cuando no se lidera (organiza y controla en cierto modo, claro) y capitaliza. Con todo, es posible ver también algunas experiencias que se escapan a la hipótesis recién planteada, como es posible también extraer conclusiones que vayan más allá del juego de actores e intereses que hoy en día presiden la arena política local. Miraremos de apuntar algunas valoraciones.

Para desarrollar algo más el argumento e ilustrarlo mínimamente procederé en tres partes. En primer lugar abordaré la tarea de identificar y caracterizar, aunque a grandes trazos, a los actores colectivos que en mi opinión más se visualizan en la esfera local y tienen cierta capacidad de incidencia y movilización política. En segundo lugar, trataremos de identificar las experiencias participativas abordando ahí el análisis de como los distintos actores intervienen o no en las distintas experiencias y hasta que punto tienen capacidad para incidir en las políticas. Finalmente, intentaré construir un apartado mínimo de conclusiones.

Los actores que se expresan en la arena política local en la última década

Propongo la siguiente clasificación:

Los Afectados: ciertamente no constituyen un movimiento social y dudosamente puede decirse que defiendan «intereses generales» por más que puedan defender intereses legítimos y hacerlo, además, colectivamente. Son los nuevos protagonistas del espacio público desde el punto de vista de las relaciones entre gobierno local y ciudadanía y, también, los protagonistas en los medios de comunicación. Los afectados lo son casi por todo y los motivos de la afectación no han dejado de crecer: hay, ha habido y seguirá habiendo afectados por obras públicas o infraestructuras, por algún tipo de actividad comercial, por la instalación de equipamientos o servicios, por la actividad ordinaria de la propia administración y por la de otros conciudadanos. Encontramos razonable defenderse colectivamente cuando nos afectan infraestructuras contaminantes o actividades económicas incompatibles con los usos residenciales, pero insisto en el hecho de que la agenda de estos casi-movimientos es tremendamente creciente: afectados (y en contra, por supuesto) por la instalación de una residencia para gente mayor o de un colegio porque los niños hacen mucho ruido cuando salen al patio a jugar o porque la presencia de ancianos dependientes degrada el entorno. Afectados por la construcción de centros de culto no católicos. Afectados por la construcción de viviendas de alquiler para jóvenes. Es cada vez más comentado el caso de los movimientos que no están en contra de que se instalen equipamientos o servicios (desde escuelas y geriátricos, hasta

tanatorios o plantas de selección de residuos domésticos) sino de que esa instalación se haga delante (o detrás) de su casa. No digamos ya si se trata de cárceles, centros de acogida de inmigrantes o de atención y tratamiento de toxicómanos. Insisto, casi nadie está en contra de que este tipo de equipamientos exista, pero deben instalarse en ningún lugar.

Los Pro-activos: son grupos de personas que se organizan para tirar adelante proyectos que acostumbran a ser de un indiscutible interés público. En mi opinión merece la pena desprenderse aquí de etiquetajes sectoriales que sólo servirían para complicar las cosas y centrarse en una idea que me parece muy importante y más trascendente de lo que pueda hacer pensar su enunciado: que existen personas que en determinadas circunstancias o condiciones se organizan para tirar adelante proyectos de interés general.

Son pro-activos, y sobre todo pro-activas, grupos de personas que se encuentran en un AMPA, o usuarios de un equipamiento cultural, plataformas ciudadanas para el impulso de proyectos cívicos y comunitarios diversos (inmigración, mujeres, violencia y exclusión social, etc.), gente que se encuentra en la parroquia o en la biblioteca, profesionales de la propia administración y de servicios públicos dentro —que muchas veces se implican más allá de las exigencias— y fuera de su trabajo. El tipo de tarea que desempeñan, los proyectos que tirar para adelante no acostumbran a tener gran repercusión mediática, pues muchas veces están desvinculados del conflicto directo o inmediato.

Los interlocutores habituales: En este capítulo queremos hablar de dos tipos de asociaciones, las de vecinos y las de comerciantes. Se trata de asociaciones que representan en cierto sentido lo tradicional, lo instituido, a pesar de tener una tradición no muy prolongada en el tiempo, al menos las vecinales. Son los interlocutores habituales del gobierno local para los asuntos de proximidad. Vinculados a un territorio concreto, barrio o distrito de la ciudad. Con ellos se negocia, se llega a acuerdos, se discuten algunos proyectos, etc. Se trata de asociaciones diversas entre sí, pero ocupan un espacio en parte compartido.

En las asociaciones de comerciantes se da un doble juego de defensa de intereses generales y corporativos, desde la idea de que lo que es bueno para el comercio del barrio es bueno para el barrio en general. En el abanderamiento de ciertas demandas vinculadas a seguridad y mejoramiento del espacio público los intereses pueden ser coincidentes con los que defienden las asociaciones de vecinos, en otros, como la peatonalización de calles o cualquier otra restricción al tráfico, las asociaciones de comerciantes representan, con su radical oposición a este tipo de medidas, una posición menos generalizada y no siempre compartida.

Por la parte vecinal, para empezar sería más preciso hablar de presidencias y juntas que no de asociaciones de vecinos así en general, pero bueno. Las asociaciones de vecinos se autoatribuyen un espacio de representación general de los intereses de los residentes de un barrio o zona. Con excepción de los comerciantes, para todo lo demás ellos son los interlocutores necesarios e indispensables y, la verdad, no ven con muy buenos ojos, la inmensa mayoría, que aparezcan otros actores en escena, otras entidades o asociaciones que les puedan discutir el monopolio del uso de ese espacio. Las administraciones locales y sus gobiernos no lo hacen, desde luego, más bien todo lo

contrario: reconocen a las presidencias y juntas de las asociaciones de vecinos el monopolio de la representación barrial y sin demasiado esfuerzo consiguen sentar alrededor de una mesa a unos pocos y conocidos representantes de todo y de todos. Las asociaciones de vecinos no son hoy mucha cosa más allá de los cuatro que mantienen esa ficción como miembros hiperactivos de juntas o presidencias. Los gobiernos locales les alimentan cuanto menos de legitimidad y la actividad ordinaria de las asociaciones es nula, el registro de socios inexistente, las reuniones y asambleas internas también, aunque también es cierto que muchas consiguen mantener fidelizada a cierta parroquia basándose en excursiones, bingo y loterías o bailes de salón. Hay algunas asociaciones de vecinos, pocas, que no responden a este perfil y sí que abanderan proyectos innovadores que quieren ir mas allá del simple ejercicio cotidiano de la interlocución con el gobierno y la administración local, pero no son en absoluto representativas del conjunto de lo que bajo esa etiqueta existe hoy en España y, además, no por ser distintas o más innovadoras consiguen ser siempre mucho más movilizadoras.

Muchas veces, existe concordancia de intereses entre presidencias de asociaciones de vecinos y afectados, y son los primeros los que se ponen a la cabeza de las protestas. Pero no se trata de movimientos ni espacios confundibles, ya que los afectados lo son de una cuestión y eso y nada más que eso es lo que les moviliza, mientras las presidencias y juntas de asociaciones de vecinos la son de todo, para todo y desde... no se sabe ya el tiempo que hace que son los mismos.

En algunas ciudades conviene tratar a parte el caso de las federaciones de asociaciones de vecinos, pues pueden llegar a ser portadoras de un discurso más innovador y menos corporativo que las asociaciones de base, a veces pagando el precio de no tener demasiada conexión con ellas.

Los Socios: En la ciudades y los barrios, además de las asociaciones de vecinos y de comerciantes están todas las demás (con sus socios o asociados). No es que sean iguales entre sí, pero sí son en muchas cosas igual de diferentes a las anteriores (vecinales y comerciantes). El número de estas asociaciones acostumbra a ser grande y, aunque su base social es por lo general escasa (como todas las bases sociales de este país y esta época), es aquí donde se encuentran las auténticas excepciones.

Desde el debate que nos ocupa, la principal características que las define es su sectorialidad. Así como a las anteriores hay que llamarlas y quieren ser llamadas para todo, a estas sólo para la suyo. Tienen capacidad de movilización y arrastre, pero en lo suyo y entre los suyos.

Por lo que hemos visto por ahí, hay tres ejes básicos desde los que explicar este movimiento de socios o asociacionismo: el cultural identitario, el cultural no identitario y el lúdico-deportivo. En un país en el que prácticamente todo el mundo es inmigrante de alguna patria más o menos lejana en lo geográfico, en lo político o en lo simbólico, el asociacionismo cultural identitario es, hoy por hoy, el que mas capacidad de arrastre y movilización tiene. Aquí nos encontramos a las casas regionales y a los centros culturales de transmisión de tradiciones diversas (música y folklore, gastronomía, celebraciones religiosas, etc.). Se trata de un asociacionismo fuertemente subvencionado y en apariencia despolitizado, pero entre los líderes de este tipo de entidades y los políticos locales existen relaciones muy estrechas y en no pocos casos indisimulados vínculos partidistas. Ahora bien, ya lo hemos dicho más arriba, no son

entidades que tengan capacidad de arrastre ni interés cuando la convocatoria es para participar en una experiencia de innovación democrática local; aunque si la puedan tener cuando la convocatoria es de tipo electoral tradicional.

Está también un asociacionismo de tipo cultural pero en absoluto Identitario. Se suele organizar a partir de equipamientos municipales de proximidad, aunque no siempre, y encontramos desde amantes de la fotografía a gente que edita una revista o dinamiza un espacio virtual, monta una emisora de radio o un grupo de teatro. Les une la actividad mas que la patria y, como consecuencia tal vez de ello, no tiene capacidad de movilización política ni en lo innovador ni en lo tradicional. En este tipo de asociacionismo, como en el siguiente, el deportivo, nos movemos a caballo entre formas de expresión colectiva de algún interés y formas también colectiva de satisfacer necesidades y tener acceso a servicios.

El asociacionismo deportivo quizá sea el que mejores y mejor documentadas estadísticas puede presentar, pues los socios de este asociacionismo suelen estar al día en la inscripción o registro y en las cuotas, y porque parecen crecientes los hábitos deportivos. Como el anterior, se mueve en una franja difusa que no permite vislumbrar siempre con claridad si agrupa a ciudadanos o simplemente a clientes de un servicio. Pero en no pocos procesos comunitarios, por ejemplo, es un espacio de dinamización y enganche que puede llegar a ser estratégico para llegar a determinados colectivos (jóvenes y gente mayor o mujeres, por ejemplo)

Los movilizados (Nuevos movimientos sociales): En España es posible identificar con claridad desde la transición democrática tres corrientes de movilización de lo que se conoce como nuevos movimientos sociales: el movimiento feminista, el pacifista y el ecologista.

El movimiento feminista sería el menos nuevo de los tres, pues su tradición se remonta mucho más allá en el tiempo, pero es bien cierto que también vivió un importante momento de auge y visualización pública en la transición (congresos de mujeres), y que desde entonces, grupos de mujeres con planteamientos distintos mantienen viva esa llama: desde colectivos de mujeres profesionales (urbanistas, juristas y otras) o centros de estudio y formación, hasta mujeres de barrios que padecen fuertes procesos de exclusión y que precisamente en el año 2004 celebraron un exitoso encuentro en el barrio de La Mina de Sant Adriá del Besos (Barcelona), por poner algunos ejemplos.

El movimiento pacifista se robustece y se hace bien visible a raíz del referéndum sobre la entrada de España en la OTAN, y ha seguido apareciendo en escena conforme las sucesivas guerras que iba emprendiendo esa alianza militar afectaban o incidían más o menos en la conciencia de los ciudadanos españoles (guerras del golfo, ex Yugoslavia, Iraq, etc...). Este periplo nos hace ver con bastante claridad que existe en el acervo moral y cívico de la sociedad civil española una clara garantía de disponibilidad al servicio de las movilizaciones antibélicas y las manifestaciones del año 2004 contra la guerra en Iraq son muestra irrefutable.

Por su parte, la aparición en escena del movimiento ecologista se remonta a la campaña contra la instalación de centrales nucleares («Nucleares, No Gracias») también a finales de la década de los setenta y principios de la siguiente. Y de este movimiento también quedan signos evidentes de supervivencia. Aunque se trata de un tipo de movilizaciones

mucho más «localizadas», el conflicto del agua en la cuenca mediterránea quizá sea su última aparición sonada que más escapa al «localismo»: planteando la necesidad de una «nueva cultura del agua».

Quizá sea a través de estos movimientos que se produzcan las más exitosas movilizaciones y quizá sean también los únicos que consiguen de algún modo incidir en la agenda de las decisiones públicas, pues no se entiende sin el movimiento pacifista la retirada de las tropas españolas de Iraq, ni sin el movimiento ecologista la retirada del plan hidrológico nacional del último gobierno del PP en España.^[2] Y aun a una escala mas reducida, proliferan por todo el Estado movimientos en defensa del patrimonio natural ante las agresiones de infraestructuras y planes urbanísticos que en no pocos casos consiguen condicionar los proyectos introduciendo modificaciones o incluso paralizándolos definitivamente.

Estos colectivos y plataformas que se aplican a la defensa del territorio y del patrimonio natural no deben ser confundidos con los Afectados, pues tanto el modo de aproximación al conflicto como los rendimientos que esperan obtener son sustancialmente distintos. No siempre son residentes del territorio inmediato que defienden, pero se trata por lo general de gente concienciada, formada e informada, con capacidad para llegar a los medio de comunicación y, desde ahí, hacer cierta mella en la conciencia ambiental colectiva.

Los Instituidos: son actores políticos en la arena local, pero de la vieja política: partidos, sindicatos, organizaciones empresariales y grupos-lobby. No les interesan los asuntos que venimos comentando en este artículo, así que dejémosles... pero no tranquilos.

La participación ciudadana en la escala local: tipos diversos de prácticas

Conviene antes que nada hacer una distinción entre prácticas atendiendo a sus diversos modos y grados de formalidad. Es bien cierto que es desde hace poco que se apuesta por la innovación metodológica en la participación política (desde el principio de que la participación no se improvisa, sino que se organiza). Ahora bien, más allá de estas experiencias innovadoras, lo cierto es que los gobiernos locales tienen unos interlocutores habituales para gestionar la puesta en práctica de sus políticas y los conflictos ciudadanos que puedan acarrear. Con esos interlocutores habituales es muy difícil establecer nuevos cauces formales, pues están acostumbrados a tener éxito por la vía más informal y directa de acceso a los políticos. Esto hace que deban convivir o coexistir dos tipos de prácticas participativas: las nuevas, si se quiere, asociadas a sistemas y proyectos participativos innovadores, y las viejas, o más tradicionales e informales, que pasan por un contacto directo y poco pautado entre los representantes políticos y sus interlocutores. Lo que observamos aquí es que este doble mecanismo empieza a demostrar importantes limitaciones. Los interlocutores habituales, en el caso de presidencias y juntas de asociaciones de vecinos más que de comerciantes, tienen cada día que pasa más dificultades objetivas para seguir ejerciendo el monopolio de la representación, sobre todo cuando aparecen problemas o estallan conflictos que inundan la arena política de Afectados.

En las prácticas que se presentan como metodológicamente innovadoras y que son promovidas por el gobierno local (ya hemos dicho que no trataremos aquí otras participaciones) la influencia ciudadana es todavía escasa y, sobre todo, fuertemente

segmentada. Para abordar el análisis haremos una distinción entre sistema de participación, procesos de participación y momentos de participación.

En los últimos años, los gobiernos locales han desarrollado en alguna medida sistemas estables que permiten ciertos niveles de participación política. Reglamentos de participación ciudadana, consejos de ciudad, sector o territorio y uso ordinario de nuevas tecnologías que permiten interactividad son los elementos que acostumbran a configurar dicho sistema; aunque los espacios por excelencia del sistema participativo estable son los consejos consultivos, sean de ciudad, territorio o sector.

Luego están los procesos participativos, que no forman normalmente parte del sistema estable. Por mucho que algunas experiencias de presupuestos participativos puedan tener la vocación de convertirse en sistema, lo corriente es que los procesos participativos operen con una lógica distinta: más abierta y menos reglamentada que en el caso de los consejos consultivos. Además la mayoría de procesos tiene una duración predeterminada, sin vocación de estabilizarse. Podemos identificar básicamente de cuatro tipos:

- Procesos de carácter comunitario (planes integrales y planes comunitarios en barrios, y procesos para colectivos específicos: inmigración, jóvenes o mujeres por ejemplo).
- Procesos de carácter ambiental (diagnósticos ambientales, agendas 21 locales).
- Presupuestos participativos.
- Y, finalmente, procesos cívico-educativos (planes, mesas y pactos por el civismo, proyectos educativos de barrio o ciudad, u otros similares).

Quizá los procesos más repetidos en muchas ciudades hayan sido los planes estratégicos. Nosotros no los consideraremos aquí ya que, salvando contadas excepciones, se ha tratado de experiencias de planificación en las que el gobierno local incorpora actores económicos y técnicos (empresas, asociaciones empresariales, cámaras, colegios profesionales, universidades y centros de investigación) pero muy escasamente ciudadanos (suelen estar presentes los sindicatos, pero no otro tipo de entidades o asociaciones).

Finalmente, en estos años los momentos de participación han adoptado la fórmula de talleres o jornadas en formatos diversos (jurados ciudadanos, EASW, talleres DAFO, jornadas, debates o asambleas), como han sido diversos también los contenidos: urbanismo y planificación territorial, movilidad, diagnósticos de tipo diverso y la propia política participativa como contenido sustantivo del momento participativo.

En general, sea en el sistema, en los procesos o en los momentos participa muy poca gente en comparación con los totales de población. Esto responde a cuestiones diversas que no trataremos aquí, pero vaya, los análisis cuantitativos en estos asuntos tienen una relevancia relativa, tanto por el dato ya apuntado de que participan cuantitativamente pocos, como por el hecho también de que la búsqueda de legitimidades cuantitativas no siempre es necesaria ni está justificada cuando es el gobierno (se supone ya legitimado cuantitativamente en las urnas) el que las impulsa, las prácticas participativas.

Afectados y Movilizados en los nuevos movimientos sociales, son los que menos participan en las experiencias innovadoras, los más descreídos y los que más optan por los canales paralelos del conflicto. Aunque en el caso de los segundos, los movilizados, un análisis más detallado y profundo seguramente nos daría algún resultado en la dirección de que muchos de los participantes son sensibles a las demandas de estos movimientos, pues se trata de personas en alguna medida ideologizadas y politizadas, como también nos señalaría que en bastantes procesos ambientales se ha llegado a integrar a las voces ecologistas.

Los socios, aunque participan poco, sí llegan a tener presencia, sobre todo los del sector cultural identitario. Bueno, más que los socios, sus representantes miembros de juntas y presidencias. No olvidemos que estos sí tienen fuertes vínculos con los políticos locales y, además, acostumbra a ser un sector generosamente subvencionado. Los socios o representantes de los sectores deportivo y cultural no identitario cuestan más de convocar, aunque no es del todo extraño que acudan. Todos, eso sí, o sus representantes, vaya, acostumbran a cubrir el expediente en algunas convocatorias de consejos sectoriales.

Los Pro-activos y sobre todo las pro-activas suelen ser el pal de paller sobre el que se sustentan muchas experiencias, sobre todo en el sistema: en sus consejos sectoriales (educación, bienestar, cooperación y otros), en los momentos de participación (talleres y jornadas) y en los procesos comunitarios y cívico-educativos. Se trata de personas que tiene proyecto y ganas de hacer cosas, que están comprometidas y que, de algún modo, tienen acceso a algunos recursos de la administración local y a ciertos niveles de interlocución sobre todo con sus estructuras técnicas que son las que más les convocan.

Los interlocutores habituales pueden llegar a estar en todas las salsas pero con condiciones. En el caso de las asociaciones de comerciantes, de sus representantes vaya, no es fácil que acudan a las experiencias innovadoras, ya hemos dicho que son asiduos de los canales paralelos y más tradicionales, pero con algo de esfuerzo dinamizador es posible conseguir una presencia testimonial de este colectivo (los horarios del comercio suelen ser el argumento principal de su ausencia). Los presidentes y miembros de juntas de asociaciones de vecinos participan en el sistema si existen consejos territoriales, pues sectorialmente no acostumbran. En los procesos comunitarios están si lideran o tiene un papel preponderante, como en los presupuestos participativos, sino no están. En los ambientales y educativos no participan (quizá las federaciones) Y acuden, eso sí, a casi todos los momentos que se convocan (jornadas y talleres). Tienen muy interiorizado y asumido que ellos son los representantes «del barrio» o «de los vecinos» o «del distrito» y por lo tanto su voz y su opinión no pueden valer lo mismo que la de los demás participantes: sean estos ciudadanos no organizados o pertenezcan a cualesquiera otra categoría de las que hemos definido. Se pasan el día pidiendo más participación al gobierno local, pero a su manera: cuatro que representan a todo el mundo, se reúnen con el gobierno y deciden (porque para este colectivo participar es decidir, ellos). Son tremendamente celosos ante cualquier metodología innovadora, ante la presencia de más gente participando que ellos no controlan y ante los técnicos y profesionales que se dedican a trabajar en el desarrollo de estas metodologías.

Los instituidos, ya lo hemos dicho, empezando por lo partidos políticos, no movilizan a nadie ni envían a nadie a los procesos innovadores, con excepción de alguna comisión de seguimiento de los procesos más potentes que puedan tener escala global o de ciudad y, eso sí, participan algo, aquí sí los representantes de partidos, en diversos consejos consultivos.

Conclusiones

De lo dicho hasta ahora me permito sacar algunas conclusiones mínimas:

1. ^a La movilización social es más influyente desde fuera que desde dentro de los procesos participativos impulsados por el gobierno; y ese «desde fuera» quiere decir básicamente más cultura del conflicto que del consenso en y entre los actores sociales y políticos.

2. a En la medida que se impone la cultura del conflicto se construyen escenarios que lo favorecen e impulsan, ese conflicto; y van ganando relevancia los que más capacidad tiene de protestar visiblemente y van ganando presencia las desconfianzas en las relaciones entre unos y otros.

3. a Seguramente el gobierno local que quiera revertir esta situación debe apostar por construir, por promover, otros escenarios que faciliten que lo que se expresa fuera en forma de protesta pueda conducirse hacia dentro en forma de propuesta, abriéndose a que participen todos cuantos tengan algo que proponer.

4. a Los procesos participativos tienen que tener autenticidad, deben ser sinceros y coherentes. Claros, transparentes. Generadores de confianza. ¡Sino no vale la pena! (nótese que nada de esto tiene que ver con cambio de roles decisionales).

5. a Los grupos, colectivos o movimientos que quieren incidir en las decisiones públicas acaban escogiendo una forma de hacerse oír también en función de los modos y sistemas que tenga el gobierno de escuchar... ¡a todos!

Corolario: Hoy, los que tienen influencia de verdad en las decisiones políticas son los mercaderes. Mmm.

[1] Universitat Autònoma de Barcelona.

[2] De hecho, estos dos movimientos son claros protagonistas del cambio de ciclo político que se produce en España tanto en 1982 como en 2004, y que permite al PSOE llegar al gobierno del Estado. En 1982 en alianza y complicidad supuesta con aquellos que no querían de entrada la OTAN y con los que defendían un plan energético nacional no basado en la energía nuclear; y en 2004 con los que no querían tropas en españolas en Iraq ni el trasvase del agua del Ebro.